

LOS PREMIOS LITERARIOS

La poesía, además de un goce estético, hace ganar también dinero. Los vates más importantes, como las palomas, acuden allí donde hay más migas. Claro está, algunas migajas son hogazas. Ciertos concursos, cubiertos de prestigio, otorgan cantidades sustanciosas. Algunos vencedores de las Justas son, sin duda, justísimos vencedores. Y de algunos jurados se puede jurar que desconocen a los participantes velados en falsos nombres. No todo el Párnaso es comedia y pantomina. Sin embargo, también podemos decir aquella frase de Plutarco puesta en boca del conquistador de las Galias: “la mujer del César no solamente debe ser honesta sino también parecerlo”. A veces, sólo a veces, no es difícil vaticinar qué vates se llevarán las treinta monedas y las entregas de premios.

Aquí vamos a hablar de algunos poetas y de algunas poetisas cuyo talento literario merece un acto de fe, una confianza ciega en la justicia de los galardones, o en el gusto refinado de los jurados.

1

Adivina, adivinanza: se llama como la amante de Dante y se apellida como el gorrito de los legionarios. Es malagueña, y salerosa, conocida en los círculos artísticos de su ciudad natal y vencedora del premio mejor dotado de su ciudad natal, y de España: cinco cifras. Vamos a leer algunos fragmentos de sus inspirados poemas:

Menos mal que te dejé
un mensaje entre los guisantes
y los filetes de merluza congelados:
Volveré a quererte en invierno
porque el frío obliga.

El lector perspicaz advierte que la joven se ha ido a la francesa y dejando una nota en el frigorífico, al menos lleno de comida, pues el desamor de un hombre sin hambre es menos desamor. Y vuelve, a casa vuelve, porque en la navidad hace frío y en la cama se está tan a gustito juntitos y bien apretaditos. El frío, como la nobleza, obliga. De ahí que, bajo las mantas, el amor reanuda su rutina tras el paréntesis estival:

volverás a querer quitarme
los leotardos de las piernas

La sedicente poetisa titula su poema: “Naftalina”. Y es verdad que huele a esa sustancia ahuyentadora de polillas. Huele a olla podrida, como si fuese una merluza descongelada durante veinte días fuera del frigorífico junto a los guisantes de marras.

Persiguiendo sus amores y sus sabores, la poetisa con nombre de amante de Dante y gorrito de legionario, nos dice:

Lo más terrible de todo
fue empezar tomándonos un té
(con lo que me gusta)
No sé qué marca
pero siempre ardía

Esa infusión ardiente, claro está, calienta a la poetisa en esas frías noches de invierno en las que el amante quiere volver a quitarle los leotardos de la pierna.

Ese invierno
bebí té todas las tardes.

Pero en el estío ...

Hacia el verano,
y eso es lo terrible,
me vi comprando tila.

2

“Veinticinco milllll....eeeuos ...”. Otro premio gordo de la poesía recae en un poeta capaz de escribir el siguiente canto a Iberia, no la que cruza el Ebro sino la que cruza el cielo volando hasta Mallorca y demás lugares. Así leemos:

¿Te puedes creer, hermano del alma, lector
que pasas por esta página sedienta de
hablarte, que me enamora la música
ambiental
que suena en los aviones de Iberia
antes de que despeguen?

Ese lector, hermano del alma y que lee con calma esos versos, agradece a la compañía aérea esa música ambiental que se opone – “lucha de titanes”, diría un poeta adocenado – al ruido de los motores. La música suave, adormecedora, nos hace tragar el miedo cuando “el pájaro de acero” – otra metáfora de poeta adocenado – adopta la forma de tilde. Por otro lado, agradecemos a nuestro hermano del alma su sincera confesión.

El avión ya se pone horizontal – tumbado, diría otro adocenado - en el aire. El poeta nos revela sus dudas, su perplejidad, nos hace partícipes de su angustia vital:

Nunca sé qué hacer, si leer o intentar dormir,
allí en el espacio celestial,
pero qué hermoso es que te lleven a otro continente.

Cierto, ¡qué bello es volar! ¡Cruzar el charco! (“esperemos que el viaje haya sido de su agrado”). Y ante la duda de leer o dormir, hermano, yo tomaría el cabo y el rabo, un libro que me hiciese dormir. O un poema.

Y el poeta pasajero del avión de Iberia se complace en darle la mano a su pareja en el asiento de al lado, porque si no “qué demonios estoy haciendo subido a un avión”. Y para aterrizar el poema, nuestro poeta se vuelve filosófico:

Si gastas el cielo, que el amor gaste tu
corazón. Porque sin amor ningún viaje
merece la pena.

Pero seamos compasivos con el poeta cuyo nombre coincide con el nombre del hermano mayor de Antonio Machado (vaga indicación que muestra hasta la rodilla sin descubrir toda la pierna). Cuando se coleccionan tantos premios y cada premio debe tener un mínimo de quinientos versos, ¿no puede disculparse que se añada mucha agua al vino para que salgan las cuentas? A veces me pregunto si Jorge Manrique, con sólo un poema, hubiese ganado uno de esos concursos de postín.

Nuestro siguiente poeta mediocre se apellida Pérez y, como una cruz concreta en un cementerio, se oculta con facilidad en un listín de teléfonos. Probablemente nuestro poeta es agricultor, ingeniero agrónomo o cualquier profesión ligada al “hache dos o”. Al menos, eso nos hace suponer este poema hidrológico:

Caudal es cantidad
de agua que transita en un segundo,
que viene al punto dado en la corriente.

La definición es precisa, exacta, y digna de figurar en un manual académico *ad usum scholarum*. Pero todo límite delimita un contorno que lo circunda como un anillo. Y el poeta hidrólogo nos aclara:

Así el caudal varía, según tú lo alimentes,
según la infiltración de afluentes que reciba

Tras explicarnos mediante unos versos didácticos el ciclo del agua (“el agua se evapora, se merma así el caudal”) el poeta logra subir el caudal lírico en los dos últimos versos:

Las piernas que se abren,
el agua que al abrirse desemboca

Ese verso freudiano – abrir las piernas – es una metáfora sexual que requiere una explicación inmediata al lector para que no se agoste su inteligencia: “el agua que al abrirse desemboca”.

El poema pertenece a un libro del género geográfico y que se titula “Delta”, como esa letra griega – no desvelo la metáfora visual – que forman los ríos bífidos en su final, esos ríos “que van a dar a la mar, que es el morir”.

4

El siguiente poeta se llama como el hermano menor de Manuel Machado. A nuestro hombre le gusta viajar y, como a tantos hombres, contar después el viaje a quienes no han viajado:

A veces pienso que estoy postrado
 en la cama blanca de un hospital. Parece un balneario.
 Karlovy Vary, al oeste de Praga.

Mas tarde nos cuenta un hecho, que hemos hecho, todos los que hemos visitado alguna vez esa ciudad sin que se nos ocurriera escribir un poema:

Bebo agua a 70 grados centígrados de las sesenta fuentes.
 No veo el mar. Sólo jardines inmensos e ilustres visitantes

Y aquí viene el hecho sorprendente: hace falta una vista superior a la de un lince para ver el mar desde el centro de Europa. ¿Será que los árboles del jardín no le dejan ver el bosque marino – digamos los mástiles - al poeta? Tras contarnos que bebe una cerveza negra – típica de aquellas tierras – el poeta se imagina a los ilustres visitantes que pasaron por aquella ciudad balneario:

el alma en pena de Rilke,
 el alma atormentada de Kafka,
 el alma mágica de Antoni Dvorak,
 el alma triste de Goethe,
 el alma sería de Schiller.

Dejemos a un lado que no incluye a Kipling y Chopin, pues no todos caben en los versos. Ya sabemos que no siempre están todos los que son. Sin embargo, es difícil creer que Goethe estuviera siempre triste, como Heráclito, y que Schiller fuera siempre sonriente, como Demócrito. Queremos creer que el poeta se sirve de los antónimos con fines estilísticos igual que usa de la anáfora como un almanaque de almas (disculpen este juego de palabras absurdo aquellos que ven el mar a tanta distancia de nuestros ojos).

5

Vamos a ver ahora a un poeta que, cual Narciso, ama reflejarse en los espejos y hacer crucigramas:

```

M H M Y M H M
U O I A I O U
T Y           Y T
U   V M V   U
O V I U I V O
  
```

El amante de los crucigramas puede buscar las palabras ocultas siguientes: mutuo, hoy, mi, ya, vi (no dejemos de admirar reflejos especulares ¡oh! como UOI-IOU, TY-YT, etc.).

Quinientos versos dicen que es un premio; rima , rimando ya estoy acabando. Pero antes de terminar, el tic-tac del reloj nos apura – “llego tarde, llego tarde”, dice el conejo de Alicia-, pues la obra debe ser enviada sin haber concluido ya el plazo de entrega:

Tácticas dicta tu tictac sintáctico
 a áticos cánticos con tictac didáctico
 tácticas dicta tu tictac sintáctico
 a áticos cánticos con tictac didácticos

Ciertamente es necesario reconocer que el autor domina la figura retórica conocida como aliteración. No queremos acusarle de haber utilizado un diccionario de rimas, ya que éstas surgen fácilmente en la mente de todos sin seguir métodos ni hincar los codos ni estar beodos. Sin embargo, alguna censura podría hacerse a esos versos que hablan con la te como los tetes y tatos. Tal vez ese tictac sea una bomba que explota en la inteligencia de los lectores dotados con cierta sensibilidad poética.

Y no dejemos de maravillarnos ante este sorprendente poema que, igual que los trileros callejeros, mueve hábilmente como vasos la triada de palabras:

nunca nada nadie
 nadie nunca nada
 nada nadie nunca
 nunca nadie nada
 nada nunca nadie
 nadie nada nunca

Tres elementos -dicen los matemáticos, que saben de ello – pueden combinarse de seis maneras distintas. El poeta logra la hazaña de hacerlo sin repetir ni un sólo verso. ¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Soberbio!

Ahora bien, la clave de bóveda de su maestría como poeta genial se encuentra en su *Ars poética*:

estupefacto acto
 teorema oh poema
 artefacto exacto
 exacto artefacto
 poema oh teorema
 acto estupefacto

En verdad que este poema es estúp ... estupendo. ¡Ah!, el nombre del poeta no se aproxima a “esclavo” ni a “eslavo”, pero por ahí anda.

“Veinticinco milllll eeeuros....”

6

El siguiente poeta tiene un nombre de pico y nos exige excavar profundo hasta hallar la veta del mineral poético. Veamos algunos de sus mejores poemas. En uno de ellos entra en una habitación vacía; vacía, claro está, de personas, pues cosas haberlas, como las meigas, haylas. Y el poeta comienza con el juego tradicional del “veo, veo, ¿qué ves?”, al cual se responde con el sí o el no hasta que se acierta. Y así se suceden una serie variopinta de cosas posibles: “un enchufe”, “el agujero de un clavo”, “una carta en el suelo”, “una telaraña”, o, ¡sorpresa! una “uña” (supongo que postiza y de mujer). Esta sucesión de cosas posibles en la habitación vacía es abierta, pues invita al lector a completarla y convertirse de tal modo en colaborador del poeta: “un libro”, “un plato sucio”, “un lapicero”, “un preservativo usado”, etc.. En cierto momento, el poeta se nos vuelve filosófico y se plantea, como si descubriese el mediterráneo, un viejo problema que ha ocupado desde hace siglos al pensamiento occidental: ¿ser es percibir?. Se escucha una música que llega de la calle y nuestra poeta nos dice meditabundo:

(¿hay música sin que alguien la escuche?)

Uno está tentado de citarle a Montale, quien expresa la misma idea con una mayor originalidad.

En otro poema breve nuestro autor, un tanto narcisista y encantado de hundirse en la mirada de la amada para conocer su interior— sólo para verse a sí mismo desde ella - rebosa de amor, como alguien que se mira en el espejo y no sabe si él es él o es el otro, o él y el otro son él mismo (¡vaya lío!). En suma, ese “nosotros” es un “tú” y “yo”, pero más “yo” que “tú” : me amo a nosotros.

Amo mirar tus ojos desde dentro de ti.

Amo oírte decir: soy tuya.

Amo oírte decir: dime que soy tuya.

Estoy enamorado de nosotros.

Pero no seamos excesivamente severos con este poeta minero. Tiene otros poemas tal vez, y acaso sin tal vez, mejores. Hasta el mejor escribano echa un borrón. Ahora bien, cuando se hace un borrón lo normal es borrarlo de una obra y tirarlo a la papelera. A menos que se precisen los quinieientos versos, veinticinco mill eeuros..

Otro poeta digno de aparecer en estas páginas lleva el nombre de una célebre estatuilla cinematográfica. Como es un gran pecado despilfarrar la comida - ¡hay tanta hambre en el mundo! - no vamos tampoco a desaprovechar la ocasión de hincar el diente hasta la encía a este poema consumista. Lo vamos a tragar completo sin tirar nada a la basura.

Caminamos de la mano por el supermercado
entre las filas de cereales y detergentes.

A decir verdad, tales productos se podrían cambiar por lácteos y embutidos sin que el poema perdiese su sabor.

Avanzamos de estante a estante
hasta llegar a los tarros de conserva

Que era a donde se quería llegar.

Examinamos el nuevo producto
anunciado por la televisión

Dado que la poesía tiene también una función moral, el poeta nos previene aquí sobre la seducción de la publicidad. Seamos críticos, pero no por mi casa.

Y de pronto nos miramos a los ojos
y nos sumimos el uno en el otro.

Y nos consumimos

Ciertamente el poeta domina la técnica, el oficio de escribir. Debemos observar, si el lector no se ha dado ya cuenta, que “ojos” y “otro” tienen rima asonante y son formalmente muy parecidos. Por otro lado, de “sumir” a “consumir” existe la misma distancia que hay de un pie a otro pie, lo cual ya es distancia.

He aquí otro poema sobre un hombre que, después de haber roto con su amada, le reprocha no ser guapa, lo que prueba que no se enamoró de ella por su belleza y que, además, no es un caballero.

No seas vanidosa amor mío
 porque para serte franco
 tu belleza no es del otro mundo
 Pero tampoco de éste.

Para ser francos, esos cuatro versos solamente sirven para ocupar espacio en una página.

También es memorable este poema para uso de los colegiales cuando aprenden aritmética con una gotas de filosofía de la ciencia

Uno le dice a Cero que la nada existe
 Cero replica que uno tampoco existe

Y, suma sumando, la suma continúa:

Cero más Unos somos Dos le dice
 y se van por el pizarrón tomados de la mano

El poema se titula “Escrito con tiza”, pero tal vez debería llamarse “escrito en base binaria sin cordura”.

Pero, una vez más, el yeso de la tiza no debe tizar nuestra crítica con una acritud desproporcionada al resto de la obra poética del autor. Sin embargo, debemos insistir, para su bien, que borre tales poemas y los reduzca a meros borradores destinados a la papelera. Por favor, pulse la tecla de “suprimir” y esté seguro que nada pierde con ello. El lector se lo agradecerá.

8

Y ahora viene un poeta galardonado cuya pareja sentimental es un poeta aún más galardonado. Dios crea a los poetas y los jurados los juntan. Ciertamente la circunstancia de que algunos miembros del jurado tengan lazos de amistad con la pareja sentimental del ganador es mera coincidencia, pues el pseudónimo evita caer en una mala praxis y darle una patada al trasero a la deontología.

Pues bien, el poema de marras que comentamos se llama “Mi huevo izquierdo”. El adjetivo “izquierdo” ya nos revela sutilmente que no se habla de los huevos de las gallinas. Un poco de sexo, como en algunas escenas de cine, nunca viene mal.

Mi huevo izquierdo cuelga más que el otro.

Juntos testifican que soy un hombre

Ciertamente, esa asimetría testicular es bastante común y, por tanto, no debería inquietar al poeta, quien, por otra parte, da testimonio con sus testículos de que es todo un hombre, cosa de la que ¡Dios nos libre! nunca hemos dudado.

Y el verso final está escrito con un par de c

Canto porque son dos ahora mis huevos

9

Este poeta laureado es la pareja sentimental del anterior poeta laureado. Según parece, tiene afición a traducir poemas alemanes y quizás por ello sus poemas resuenen como ecos de tudescos. Uno de sus poemas comienza con un arranque lírico que roza la prosa, para hundirse en ella.

He estado acordándome intensamente de ti.

¿Y qué hizo el poeta acordándose intensamente del amigo?

Me puse a traducir a un poeta alemán,
en principio a leerlo, pero tuve
que recurrir al diccionario, y luego ...

El poeta nos confiesa, honra merece, que es un traductor aficionado que no conoce muy bien la lengua de Goethe. Pero el poeta traducido no es un poeta famoso, “es un

desconocido”, motivo suficiente para que el traductor nos cuele de rondón su traducción --¿rimas a mí? - como una obra maravillosa.

... y luego
salió algo sorprendente. Creo que te gustaría.

Debemos esperar que al amigo le guste, y también al lector. Sin embargo, a pesar de haberse dado tanto trabajo fatigando el diccionario, su memoria se fatiga todavía más y nos quedamos, como en noche oscura, a la espera de ese algo sorprendente.

Mi memoria quizá no es la mejor.
Fíjate, qué comienzo:
Iba el lenguaje por sotos y praderas ...

¡Ay, poeta germano, te hemos pillado! Nuestra memoria, que es mejor que la del traductor, se acuerda intensamente de un frailecico que no va por “sotos y pradera” mas “por montes y riberas”. Pero es bueno saber que la literatura del país de Goethe bebe de la fuente poética del país de Cervantes. Traductor, traidorzuelo, quita el último verso y todos los demás se pueden arrojar al fuego sin que la poesía pierda demasiado.

Como toda regla tiene su excepción, vamos a hablar de la excepción a la regla. Esta vez nuestra escritora no es poetisa sino novelista. Y de las buenas, pues si no fuese tal nunca habría alcanzado una fama planetaria. Uno de sus géneros preferidos es el microcuento. O sea, un cuento que se baila en chotis sobre la baldosa de unas pocas palabras. Tiene su tradición, y su mérito. Ya decía el jesuita Baltasar Gracián que “lo bueno, si breve, dos veces bueno”. El *quid* de la cuestión es que la brevedad venga acompañada de la bondad. He aquí uno de esos casos:

Todo comienza en un punto.
Todo punto tiene un final. Todo
final deriva en olvido. Todos,
menos tú.

Algunos amores van mas allá del punto final, son puntos suspensivos que se escapan ... Diga lo que diga la geometría, la poetisa nunca olvidará porque el amor verdadero va más allá del olvido. Y punto pelota.

Otra de las cualidades de nuestra poetisa es la recuperación poética de vetas ya agotadas en la lírica. La luna, como el amor de tanto usarlo, terminó en bancarrota. Ya no servía para nada esa manzana a la que los eclipses dan un mordisco. Pero nuestra autora la devuelve a la vida, le insufla nuevo aliento:

Apágame la luna que no me deja dormir.

Quizás hubiese sido más sencillo correr la cortina de la ventana, pero entonces ¿a qué el microcuento?

Otra perla de la profundidad de pensamiento de nuestra autora se halla inserta en las bivalvas de esta ostra literaria:

La vida tiene siempre riesgos
y a veces nos mata

Sí, hija, sí. Desde la cuna a la sepultura siempre podemos caer de una cierta altura. Y rompernos la crisma. Los futuristas, a la zaga de aquel enloquecido filósofo alemán, postulaban “vivir peligrosamente”. Pero nuestra autora va un paso más adelante, pues no se trata ya de echarse al ruedo voluntariamente – allá cada cual con su pellejo – sino que es el mismo morlaco, la vida ella misma, la que nos persigue para cornearnos. Y, claro está, a veces nos empitona.

También un microcuento puede ser tan ingenioso que sea digno de figurar como título de un libro:

El tiempo. Todo. Lo cura.

“Lo cura”, “locura”. ¿Lo pillan? ¿No? Pues léanlo dos veces. En el siguiente microcuento la microcuentista desciende un poco de las cimas alcanzadas antes, mas ¡qué le vamos a hacer!. No siempre se puede saludar a las águilas y algunas veces debemos contentarnos con ser gorriones.

Me acuerdo mucho de aquellos días,
cuando la vida era otra cosa

¿Qué otra cosa? ¿Qué recuerda? Vamos, lector, haz un esfuerzo, pues no todo se te va a dar hecho con solamente comprar el libro.

Y para concluir – dejemos pastel a otros críticos mordaces – leamos este poema, microcuento, o como quiera que se llame a estas seis líneas. Algunos lo tildarán de vulgar gazmoñería, de cursilidad para uso de adolescentes con feromonas sublevadas y revoltosas. Pero esos no entienden de valores literarios y juzgan la poesía movidos por un resentimiento inconfesable. Atiende, lector:

Y entonces fue cuando me puse
de puntillas
Me agarraste de la mano
Te besé
Y volé
en mil pedazos.

Una observación para quienes no se hayan dado cuenta y se les hubiera pasado de largo el detalle: si la poetisa se pone de puntillas es, seguramente, porque el amante tiene unos veinte centímetros más de altura. O quizás más.

Como Sísifo vuelvo otra vez a comenzar la tarea que pensaba acabada. Nada, a empujar de nuevo la roca. Ahora se trata de un poeta, ganador de un premio importante, y que viene montado a lomos de miles de lectores exigentes en las redes sociales. He aquí un poema que deja a Machado – “todo pasa ...” - como un aprendiz de versos:

No te preocupes todo llega,
todo termina
y todo ocurre.

Y el poeta, con dos orejas y el rabo, remata la faena:

Lo que es tuyo espera
y lo que no, simplemente se irá.

Y una de sus muchas seguidoras, paladar fino, añade este comentario, cuya memez no podemos poner en la cuenta del autor, pues él solamente ha tirado la primera piedra al escribirlo:

“No sé si es casualidad pero hoy ese poema me ha servido como anillo al dedo. Pienso lo mismo. Gracias por palabras tan certeras”.

¿Quién ha dicho que la poesía no es útil? ¡Ay, poetas! ¡Qué falta hacéis en el mundo!

Ahora el poeta nos escribe una poesía que es todo un canto a la amistad, a esos amigos como Ramón Sijé “con quien tanto quería”:

Hay personas con las
que tenemos una conexión
única y misteriosa,
personas con las
que somos felices.

Desde siempre.

Uno de los aciertos de esta poesía es hacer terminar ¡dos veces! el verso en el artículo “las” para hacerlo, tras la pausa, anudar con el relativo. Esto confiere suspense, expectación, aunque no tanto como aquel director de cine, pues el séptimo arte da más de sí.

Decía Machado que, siendo viejo, el único consejo que podía dar a la juventud era que no siguiese su consejo. A cada cual sus errores. Sin embargo, esa paradoja era ya un consejo. Pues bien, nuestro poeta, a pesar de no peinar canas, nos aconseja:

Aléjate de quien se aleje,
el interés no se ruega,
nace espontáneo,
hay que aspirar más,
mucho más.

Sí, todos queremos más, y más y más, pero mucho más. Sobre todo rigor poético y vergüenza torera. Pero no dejemos caer en saco roto tan sabios consejos. Después de todo, nuestro poeta laureado no solamente se ha embolsado veinte mil euros en un concurso importante, sino que tiene casi un millón de seguidores en las sedes sociales. Y si a nuestros lectores les parecen excelentes sus poemas, ¿por qué no se lo debe parecer también a los miembros del jurado elegido para juzgarlos?

Acabemos, con el poeta, expresando un deseo que nos trae a la memoria a ese dulzón conjunto musical conocido como “Viva la gente”:

Qué bonita luce la gente
 cuando es feliz
 y nada le preocupa.
 Ojalá podamos ver
 así siempre a las personas
 que importan.

Y luego dirán – instagram – que la poesía no es un arma cargada de futuro.

El próximo autor se llama como el apóstol de los gentiles (anden, vayan a leer el nuevo testamento). Ciertamente tiene una gran habilidad para crear versos acumulando sustantivos que describen al terruño patrio:

Zaguán, dehesa, limonero, patio,
 cisco, jazmín, enjambres. Cal y forja.
 Alcores, huertos, adoquín y recuas
 Ropa tendida, muros, clavel, sombra,
 pinos, brisa, castaño, dunas, brea,
 noche oscura. Fanales, luna rota,
 vega, olivar, agosto, vides. Altos

cerros, adobe, pena, luces, loma,
 fuentes, racimo, tasca, verso y zéjel,
 Plegaria, jueves, almenara, aroma,
 bronce, torretas, vino, luto siesta.

El poeta, como Alberti alejando del mar o la mar, siente nostalgia de su paisaje. ¿Lo adivinan? Sí, “Sevilla tiene un sabor especial ...”. Una cosa singular de estos versos es que, aunque parezcan arrojados al buen tuntún, sin preocupación alguna, el poeta ha tenido la destreza de esparcir asonancias para que la ristra de nombres suene a poesía: forja, sombra, rota, loma, aroma. Además, alternando en pares, romanceando, vamos. Y la prueba de que ello no es casual consiste en que tras la larga enumeración hallamos “retorna” y “roca”. En cualquier caso, once versos más para echarse al colete.

Una especialidad del poeta – ya sabemos - son los versos de arte menor, asonantados. Y en verdad, verdad, son de arte menor y asonantados. Claro está, algunos grandes poetas – no citemos los que ya sabemos - logran hacer grande lo pequeño. Y en su estela encontramos este poema en el que nuestro autor se convierte en pensador (rima que sería muy de su agrado):

Otra noche de reflexión,
 Vivo esperando respuestas,
 Pregunto a mi corazón,
 ¿Por qué ya nada me renta?

Acudiendo al Diccionario de la Real Academia – y de cuya tiranía están libres los poetas con sus licencias - el verbo “rentar” tiene el significado económico que conocen bien los que no viven de un oficio sino del beneficio. De ahí que, poniéndome yo también reflexivo, ¿es una buena renta ganar miles de talentos – otra licencia – con tan poco talento?

Y, como el autor es pensador y rimador, aunque nunca tímido, nos dice esta sentencia que haríamos muy bien en cumplir:

Intenta disfrutar mientras puedas,
Antes de tomar la calle amargura,
Lo que sube baja dentro de la rueda,
Llámalo vida o llámalo duda.

El poema se termina con el mismo tono filosófico ramplón y de vuelo gallináceo:

Triste vida, vuelve a ilusionarme,
Y déjate de tantas caras largas,
Necesito una razón para quedarme,
Y para hacer real esta sonrisa falsa.

¿A qué esperas, Vida? Dale una esperanza al poeta: ganar un sustancioso premio, conquistar a la chica más guapa del colegio, viajar con dinero al extranjero, tomarse un helado de caramelo, tomarnos a todos el pelo, digo, el cabello ...

Aquí tenemos a una poetisa cuyo nombre (o pseudónimo) es la incógnita de la ecuación. Como una tendencia actual de la poesía es el micropoema, leamos algunos de esos poemas minimalistas:

Algún día las olas saltarán a mi paso,
los pájaros tendrán cuatro patas,
y tú te acordarás de lo que éramos.

O dicho de otra manera igualmente poética: Recordarás nuestro amor cuando las ranas críen pelo. O cuando los burros vuelen. O cuando la lluvia caiga hacia arriba. O los elefantes bailen la lambada. O ...

Y, puestos a mirar con el microscopio a un micropoema – no basta la lupa -, observemos a este óvulo engendrador de sutiles pensamientos:

Aquí cada uno echa de menos a su manera.

Y yo a ti.

Para ser sinceros, también nosotros echamos de menos algo de más. Y este otro poemita podría ser la letra de una canción del dúo Pimpinela:

Devuélveme todas mis cosas
La cobardía te la puedes quedar,
que eso es cosa tuya.

En otra muestra de poesía, la autora nos confiesa que es buena en el mal sentido de la palabra buena, pero además es ... (aquí suena un pitido).

De buena soy tonta,
pero de tonta soy
bastante hija de puta

No sólo de micropoemas vive la poetisa. También los hay tan largos como una carretera:

No sé el número exacto de pecas del kilómetro siete al trece de tu lienzo de espalda

¿Doce? ¿Quince? ¿Veinte? La exactitud de la cifra debe ser importante para el descifrado del poema. Por otro lado, ¡cuán larga es la distancia desde la nuca hasta aquel lugar de cuyo nombre no quiero acordarme! Y continúa con versos cuyo surrealismo convierte en realismo a la poesía surrealista:

Mira mi pasado,
cloro,
cloaca,
clon de clones,
come arroz frío avergonzado de tener alimento
y no ser entraña mía
no ser estómago mío
Se hace pasado de turista perdido
de este o aquel

Y el poema del pecador – pecadora - de la pradera, “te das cuen ...”, acaba haciendo la siguiente confesión:

Y todo esto sin tener la más mínima idea,
noción
o conocimiento
del número exacto de pecas del kilómetro siete al trece
de tu maldito lienzo de espalda.

Pues sí, tampoco nosotros tenemos maldita idea, noción, conocimiento, sapiencia, concepto, razón y entendimiento del porqué deben contarse única y exclusivamente las pecas del kilómetro siete al trece.

Una vez más – esto es verdad – la poetisa tiene algún poema verdaderamente bueno. Sin embargo, haría bien en retirar de su obra esta poesía dermatológica.

14

Dejemos a los poetas en reposo. Vamos ahora hacia los novelistas, las novelistas, o ambos a la vez. Existe un premio con una dotación astronómica y cuyo finalista ha sido un escritor -o escritora - con una prosa que se sale de la órbita. Esto va de adulterios. O sea, de amor, pero con relaciones “extramatrimoniales”, como gustaba decir el filósofo Russell para quitar el sentido peyorativo de adulterio y dejarlo así en una moral aséptica, descriptiva, laica. Leamos:

Estoy desnuda. Tumbada sobre el pecho de mi amante. Tumbada sobre el pecho del hombre al que amo.

Sin duda podemos aceptar que se esté desnuda escribiendo al mismo tiempo. Esta forma de presente lo han usado grandes escritores, lo cual no es éste el caso. Ahora bien, esa frase doblada nos tumba y retumba en la mente. El femenino “desnuda” y también “tumbada” nos hace pensar que el amante es “el hombre al que amo”. Pero se agradece la precisión. Nunca se sabe. La palabra “amante” procede de un un participio presente latino y no dice nada sobre el género. De ahí que sea razonable la aclaración del novelista o de la novelista, aunque esas tres frases nos parezcan tener un sabor dulzón, ñoño y muy adecuado para consumo de adolescentes y de mujeres que añoran la adolescencia. Y sigue:

Entrelazo mis piernas con las tuyas, mientras él con sus manos acogedoras y fuertes, me acaricia el cabello.

Ciertamente el erotismo de la escena “pone” a muchos lectores, a muchas lectoras. Por supuesto, las manos del hombre, además de acogedoras, deben ser fuertes, pues el hombre es macho, macho, y tiene manos de picapedrero, bombero, fontanero y otros “eros” eróticos. Yo le daría el consejo de no caer en vulgares tópicos, siempre recurso de mediocres, y pensar que existen manos suaves, delicadas, tan finas como las de un violinista incapaz de levantar un dedo, o los cinco, sobre una mariposa.

Un poeta, que nunca hubiese ganado un premio desorbitado, expresa mejor esta imagen amorosa:

El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

Claro está, hay cabelleras y cabelleras y no es lo mismo escribir buenos poemas que malas novelas. Sigamos:

Hoy ha sido él quien me ha hecho, lentamente, el amor. A veces soy yo. Casi siempre los dos.

¡Menos mal que comparten orgasmos! Ya sea por activa o por pasiva, por iniciativa o “consecutiva”, no se comprende esa alternancia en la que un amante se limite sólo a ser espectador, y el otro a esperar su turno. Pero usted me entiende ...

Los dos sabemos que esta historia se acaba. Este amor prohibido que llevamos sintiendo todo el año el uno por el otro llega a su fin. Ha sido un año intenso. Lleno de vida. Lleno de sexo. De amor. De ternura. De caricias.

¿Hace falta comentar estas banalidades, esta sensiblería tan, tan, tan ...? Llega el final, todo se acaba, cada oveja con su pareja. Sin embargo, el adulterio es tan adictivo que ... “podríamos seguir como estamos”.

Sí, también yo podría seguir comentando esta novela, finalista de un premio afamado, pero yo les recomiendo que no la compren y si la compran no la lean, y si la leen no pasen de la primera página. Me lo agradecerán.

Pablo Galindo Arlés
9 de mayo de 2023